

## ***Show me a hero*, una radiografía genial de la micropolítica**

por Victor Solé Ferioli ([@sule25](#))



Las series de televisión políticas están de moda desde que Aaron Sorkin nos deslumbró con *The West Wing*, la cual apareció en España como *El Ala Oeste de la Casa Blanca*. [Silvio Falcón](#) escribió algunos artículos en catalán sobre [series y política](#), e incluso analizó por qué cayó el [Imperio Galáctico](#) de la saga *Star Wars*. Esta vez, sin embargo, seré yo quien analice desde una vertiente politológica una de las mejores series políticas de esta década: [Show me a hero](#).

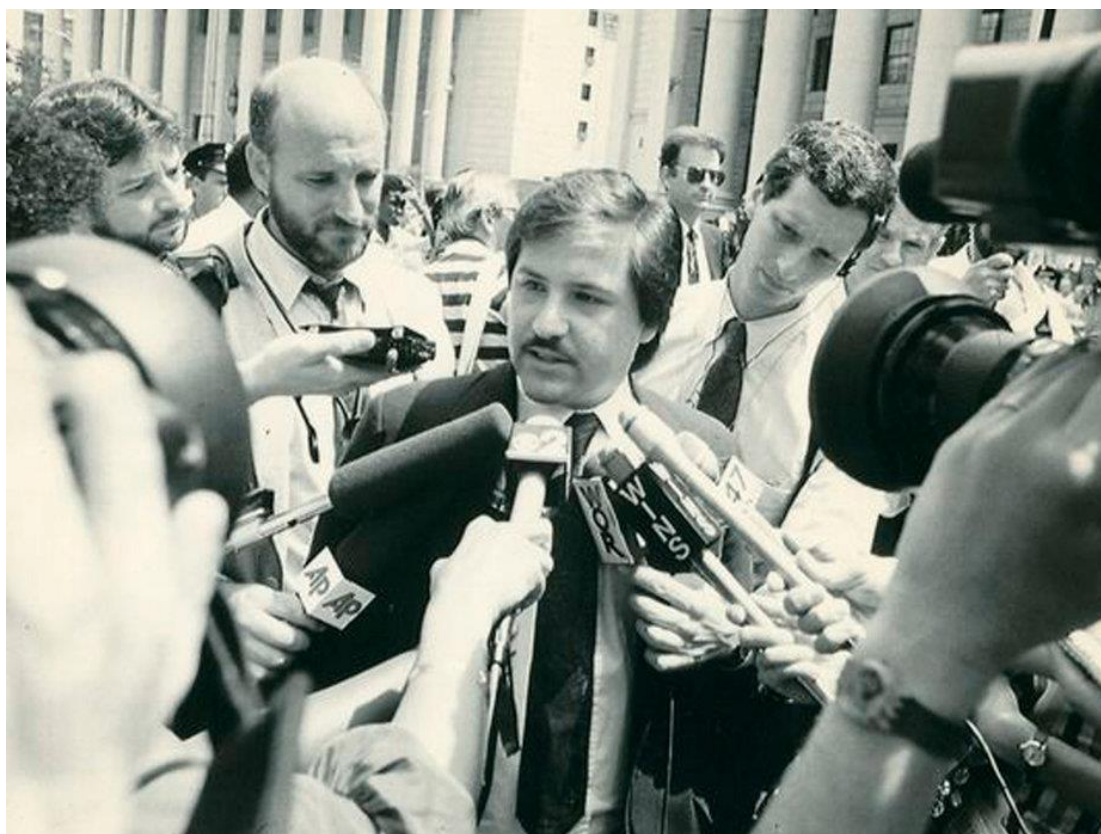
Antes de seguir, **os aviso que este artículo es un spoiler constante**, ya que sin la información detallada de las tramas y los personajes, no podría hacer este análisis. *Show me a hero* es una miniserie política de la HBO aparecida a finales de 2015. Es la historia trágica del que fue el alcalde más joven de los **Estados Unidos de América** entre 1988 y 1990, **Nick Wasicsko**. Fue alcalde de Yonkers, una pequeña ciudad a las afueras de Nueva York. Una especie de Terrassa de Nueva York. Magníficamente interpretado por el actor Oscar Isaac, Wasicko es una figura trágica de la micropolítica, de aquella que se vive a pie de calle, y en la que se entrelazan muchos intereses, diferentes vidas y mucha diversidad, haciendo de la política local una de las más interesantes a la hora de vivir, explicar y analizar. Los tres temas capitales en *Show me a hero* son la lucha por el poder y cómo mantenerlo, el capital social vecinal, y el eterno dilema americano de las luchas raciales.

### **¿Ciudad pequeña, poder ínfimo?**

En Yonkers, los alcaldes tenían mandatos de dos años. Mandatos bianuales que se basaban en el carisma del alcalde del momento, el cual no debía entrar en demasiadas polémicas. Al comienzo de la serie, el alcalde Angelo Martinelli, interpretado por Jim Belushi, se ve atrapado por una demanda por parte de un juez federal. La causa: construir un nuevo barrio de viviendas públicas y protegidas para los habitantes de casas baratas, bloques construidos a finales de la década de 1950 y que 30

años después ya son foco de mala vida, delincuencia, criminalidad, drogas... Bloques en los que viven mayoritariamente personas de raza negra e hispana. La gran mayoría de los vecinos blancos, mientras tanto, viven en los típicos *suburbs*, los barrios residenciales de casita, jardín, intimidad, privacidad, seguridad. Un apartheid en toda regla, a sólo dos horas de **Nueva York**. El juez federal resuelve y obliga que Yonkers, una localidad del estado de Nueva York, lleve a cabo una reubicación de muchas familias del barrio degradado en un nuevo barrio, con casitas de dos pisos, con jardín y que se debe construir justo delante del barrio de los blancos. El conflicto está servido, y todo el ayuntamiento lo sabe. El alcalde Martinelli, demócrata, el primero. Con seis años de mandato (tres mandatos seguidos), Martinelli no puede hacer otra cosa que aceptar la decisión de la Corte Suprema federal.

Todos están en su contra, desde las filas republicanas hasta sus propias filas. Uno de los hechos más interesantes es que los concejales de Yonkers, sean demócratas o republicanos, posean el carné de uno u otro partido, **se deben íntegra y absolutamente a sus votantes**. Pueden tener una ideología, unos objetivos, unas voluntades, sus propias ambiciones, pueden crear alianzas y romperlas, pero siempre con la mentalidad de que se deben a sus votantes, en una especie de lazo que pasa por encima de los partidos. Cuesta creer y de entender, ya que durante toda la serie vemos que el principal antagonista del alcalde Martinelli será el joven concejal demócrata Nick Wasicko. Y, por si fuera poco, el principal rival de Wasicko será su correligionario Hank Spallone (Alfred Molina). Italoamericanos contra polaco-americanos. Y, tras ellos, los negros y los hispanos.



El real Nick Wasicko, alcalde de Yonkers entre 1987 y 1989. Fuente: [Teleprogramas.Fotogramas.es](http://Teleprogramas.Fotogramas.es)

Martinelli tiene una espada de Damocles sobre su cabeza. Intenta ir contra la decisión federal, pero sus propios concejales le hacen una especie de golpe de estado y sientan en el sillón de la alcaldía al joven Nick Wasicko. ¿Cuál era su propuesta estrella? Luchar contra la decisión federal. Es interesante ver cómo, desde la localidad, el alcalde elegido debe tratar con tecnócratas y jueces que no fueron

elegidos por nadie pero que las decisiones políticas de los segundos son mucho mejores que las que tiene que defender el político. Él se debe a sus votantes, xenófobos que no quieren oír hablar de un barrio negro delante de casa. ¿Cómo mantener el poder ante una decisión *top-down* establecida desde una oficina en la que abogados, urbanistas, arquitectos y un juez federal se reúnen de vez en cuando para decidir qué es mejor para una localidad tranquila en su división racial como Yonkers?

Wasicko no tarda mucho en comprender que tiene que cambiar de bando. Y cuando lo hace, porque es *the right thing to do*, como no para de recordárselo su amiga **Vinni Restiano** (una reencontrada Winona Ryder), toda la ciudad se le echa encima. Él explica, una y otra vez, que o bien acata la decisión federal, o Yonkers no podrá disponer de un presupuesto hasta que la Corte Suprema le deje. La federación imponiendo su *auctoritas*. Pasan las semanas, y Yonkers no puede respirar, hasta que Wasicko acata y se pone al frente de la política pública.

Porque vemos todos los pasos de una política pública. Y este es otro de los subtemas más interesantes de *Show me a hero*. Desde la idea de crear una que rebaje la criminalidad y equalizar los niveles de vida de grupos humanos dispares en color y renta, hasta su implementación y la controversia que genera. El alcalde de Yonkers y sus vecinos se ven convertidos en simples *stakeholders*, actores que intentan incidir en una política pública en la que no creen pero que deben acatar. Una política pública que se come el día a día político de una ciudad, que polariza su sociedad y que acaba con la carrera política de todos los que deben liderarla.

## Vecinos luchadores

Cuando Martinelli, Wasicko y Spallone, los tres alcaldes de Yonkers durante la implementación de la política pública polémica sobre las viviendas para negros en el barrio de los blancos, vieron la carpeta de las decisiones a tomar, a pesar de no creer del todo en ellas, sabían que acabarían mal. Durante toda la serie vemos los plenos del ayuntamiento de Yonkers. Plenos públicos, en los que los vecinos pueden acercarse y hacer oír su voz. Claman, insultan, retraen... La democracia directa en estado puro: "¡Te voté y mira cómo has terminado!", o "¡Traidor! ¡Nos has traicionado!", o "¿Qué clase de alcalde eres que no sigues la voluntad de tus votantes?"

**Theodore Roosevelt**, vigésimo sexto presidente de EEUU, afirmó que "a veces el gobierno debe gobernar contra el pueblo porque a veces el pueblo no sabe lo que quiere". En *Show me a hero* vemos esta realidad. La mayoría de los blancos no quieren negros en su barrio. Sí, son xenófobos y racistas, algunos de ellos incluso supremacistas blancos. Y todos ellos, desde sus ideas, se organizan para intentar incidir en la implementación de la política pública. El ejemplo paradigmático en toda la serie es la vecina **Mary Dorman** (Catherine Keener). Al comienzo de la serie es una vecina desmovilizada, que se siente llamada a la vida pública sólo cuando tiene que votar. Tiene una familia típica estadounidense: marido, hijos, casa con jardín y dos coches, barrio blanco, tranquilidad, seguridad. No necesita más. Hasta que un buen día le informan que le construirán un **barrio de negros** delante de casa. Entonces vemos que todos los miedos, todos los prejuicios, todas las manías de la sencilla vecina Mary Dorman supuran por su piel. Preocupada, va a las reuniones vecinales que organizan los piquetes contra el ayuntamiento. Se pone a su lado, y es de las que más grita contra los políticos locales. Dorman es la antítesis de Wasicko. Vemos la política pública desde la perspectiva de la vecina de toda la vida, de la persona que no puede incidir más allá de la aceptación de la misma. Finalmente Dorman entiende que la única manera para hacerse escuchar es aceptando la auctoritas federal. Deja de lado sus prejuicios y ayuda a los técnicos administrativos a implementar la política pública de la mejor manera posible: los acompaña a los bloques infrahigiénicos donde viven sus futuros vecinos, los conoce, los palpa... Sin nunca dejar de verlos con miedo, los empieza a

comprender desde la ayuda del capital social vecinal que se ha creado para alcanzar el éxito de la política pública.

También es interesante el prisma de Doreen Henderson (Natalie Paul), una vecina negra más joven. Su punto de vista es el de una persona que ha nacido en los bloques sin servicios. Deja la escuela, se queda embarazada joven, pierde al marido también joven, se convierte en una yonqui... Como Mary Dorman, Doreen también es una persona desmovilizada políticamente. Cuando deja las drogas decide distraerse entrando en la asociación vecinal de su barrio, que también incide en la política pública pero desde el punto de vista de la demanda –más viviendas, con mejor calidad, para más gente–. Se moviliza e intenta movilizar a los suyos. La diferencia entre Mary y Doreen radica también en su cultura social: mientras que la primera encuentra enseguida una red de personas que defienden los mismos intereses, a la segunda le cuesta más dada la desconfianza en la vida pública de la comunidad afroamericana. Vida *pública* basada en la agresividad, el prejuicio, el miedo; una realidad existente a pesar de las voluntades de superarla.

**“Usted es una buena vecina, Señora Dorman”**, le dice el técnico delegado de la política pública. Una de las mejores afirmaciones de la serie. Ella no la comprende del todo, pero sigue con su trabajo de vecina, o mejor dicho: de ciudadana. Desde la desmovilización en la vida pública. El capital social, como recordaría Putnam, está en todos los contactos creados por parte de Mary Dorman, una vecina anónima, para incidir de la mejor manera posible en el buen gobierno de su propia sociedad.

Bailer, Bodenstein y Heinrich afirman que el capital social es “una fuerza poderosa para la democracia, la buena gobernanza, el desarrollo sostenible e igualitario, y la cohesión social”. En su trabajo *What makes civil society strong? Testing bottom-up and top-down theories of a vibrant civil society*, publicado en la Asociación Suiza de Ciencia Política en 2009, Bailer y sus colegas explican que la “sociedad civil es una importante herramienta heurística –que ayuda a aumentar el conocimiento individual y colectivo– para describir un componente crucial de las sociedades de hoy en día”. Cuentan que la estructura del capital social puede clasificarse en 1) las normas y fórmulas del compromiso cívico de un individuo, y 2) en unas características determinadas de organización social. En el caso de Mary Dorman y Doreen Henderson, cada una parte desde la desmovilización, y cada cual acaba entrando en organizaciones sin ánimo de lucro con sus propias normas y estructuras. Identidades, normas, valores específicos de todo tipo ayudan a esculpir las acciones de los actores de toda sociedad civil. La dimensión de los valores es la más importante según los autores especializados en esta rama de la ciencia política: a partir de los valores, se crea la heurística de un grupo de individuos. Si los valores son caducos y primitivos, si defienden malas praxis u objetivos obsoletos, entonces su sociedad civil será también débil, aunque existente.

El capital social de una sociedad puede venir dado de muchos inputs: desde el desarrollo socioeconómico de una sociedad, hasta la cultura política de esa misma comunidad. En el caso de la serie, los institucionalistas dirían que los casos de Dorman y Henderson son claramente ejemplos de sociedad civil aparecida gracias a la perspectiva *top-down* establecida por parte de los técnicos administrativos interesados en movilizarlas y ayudarlas en sus derechos ciudadanos. Toda sociedad civil, sin embargo, recibe diferentes radiaciones, y evoluciona siguiendo las propias decisiones: por la cultura cívica y política, el desarrollo socioeconómico, y por la voluntad socializadora de las instituciones.

## Negros y blancos

Lugar: Yonkers, periferia de Nueva York. Ciudad en el *norte* de EEUU. Cuándo: finales de la década de 1980. Y hay un problema que colea: la prácticamente imposible integración entre ciudadanos blancos

y negros. Los primeros, como hemos dicho, viven en su gran mayoría en barrios de clase media con casita y jardincito. Los segundos, en bloques de pisos que se han convertido en foco de problemas. Mantener estas castas basadas en el color de la piel contradice los ideales constitucionales de EEUU, contradice las políticas del estado de Nueva York. Contradecía la época incluso. El juez federal impone una política pública en una sociedad anacrónica, micro pero todavía llena de prejuicios.

Sabemos que aunque en los últimos ocho años, los EEUU hayan tenido un presidente negro, **Barack Obama**, también sabemos que últimamente ha habido un renacimiento de los miedos y las luchas raciales. La violencia policial contra los negros tiende a ser más aguda que contra los blancos. Los negros siguen siendo uno de los grupos más pobres de los Estados Unidos de América. Sigue habiendo una cultura de los blancos y una de los negros. [Donald Trump](#), nuevo presidente republicano, es intencionadamente racista, sabiendo que el grueso de sus votantes lo es.

La decisión federal que vemos en *Show me a hero* es una versión micro de otra decisión federal dedicada a fortalecer la integración racial en un país que nació sin ella, y que vivió una guerra civil en la que la raza fue pieza clave para entenderla. En junio de 1963 el presidente de EEUU de entonces, John F. Kennedy, envió a la Guardia Nacional, una especie de Guardia Civil americana, a hacer cumplir la ley en la Universidad de Alabama, que no quería matricular dos estudiantes negros. El gobernador de ese estado, del mismo partido que Kennedy, se puso junto a sus electores, pronunciando “¡segregación ahora, segregación siempre!” Kennedy quería que se cumpliera una resolución judicial de la Corte Suprema federal. Y Wallace, aunque puso todos los palos en las ruedas posibles, tuvo que ver como también en Alabama se impuso la integración racial.

En la serie vemos las dificultades del *melting-pot* americano, esa mezcla de razas y personas y culturas. Incluso entre los blancos: entre descendientes de los polacos, los italianos, los irlandeses. Todos ellos hacen piña contra afroamericanos e hispanos. Y sobre todos ellos, la cúpula federal que, desde la autoridad del *top-down*, les impone una política pública para mejorar el *melting-pot* y seguir mezclándolo. Vemos con toda la intención que el crisol de razas no sólo es un accidente de la historia americana —y humana—, sino que es un objetivo mucho mayor, que va más allá de los miedos individuales de los ciudadanos que han de aceptarla. Vemos que la integración viene impuesta y que aparece sola: la política pública de las viviendas públicas por negros en barrio blanco tiene como último objetivo la integración de blancos y negros; y los vecinos, cuando comprenden que no pueden luchar contra un monstruo político como es la Corte Suprema federal, aceptan integrarse con los nuevos vecinos. ¿Qué otra solución les queda?

“Enséñame un héroe”, reza el título de esta miniserie de la HBO. ¿Quién es el héroe? ¿Nick Wasicko, el alcalde que no creía en una política que termina liderando y que ve beneficiosa para la sociedad? ¿O Mary Dorman, la vecina que también empieza oponiéndose a aquella *policy* y que la acaba mejorando en beneficio de todos sus vecinos? ¿Quién es el héroe en una sociedad compleja? ¿El juez federal? ¿El urbanista que crea el nuevo barrio, especialmente pensado para integrar razas y rehuir focos delincuenciales? ¿El técnico administrativo que acompaña a los vecinos blancos a conocer a sus futuros vecinos negros?

En *Show me a hero* se tratan más subtramas que estas tres. Hemos visto la vida de una política pública micro, dedicada a la construcción de viviendas de protección oficial para negros en un barrio blanco —o de vecinos pobres en un área más rica—. Vemos también la lucha entre la legitimidad de los elegidos y los no elegidos, los objetivos de los primeros y de los fines de los segundos. Vemos la cultura política de la sociedad, con sus prejuicios y miedos, con los sesgos de clase, raza y origen. Vemos la lucha entre el poder federal y el poder local, y como el primero siempre acaba imponiéndose. Vemos muchas subtramas que hacen las delicias de politólogos, sociólogos e incluso

antropólogos. Porque, al fin y al cabo, hablamos de héroes anónimos que se ponen de acuerdo, a veces sabiéndolo y a veces no para mejorar la propia vida pública.

**Imagen de portada:** [QVemosVertele.com](http://QVemosVertele.com)